RECUERDOS DEL COLEGIO (RUM)

JOSÉ A. MARI MUT

Primer ofrecimiento de Taxonomía de Insectos, agosto de 1978. Soy el de brazos cruzados. A la derecha, el Laboratorio de Entomología, donde por muchos años tuve oficina y donde se ofreció el curso.

© 2025 Ediciones Digitales, Aguadilla, Puerto Rico. Ésta y todas mis otras publicaciones digitales pueden reproducirse gratuitamente para propósitos académicos y sin fines de lucro. https://archive.org/details/@jamarimut

INTRODUCCIÓN

El propósito de esta publicación es compartir una selección de recuerdos de mi larga asociación con el Colegio de Agricultura y Artes Mecánicas, hoy Recinto de Mayagüez de la Universidad de Puerto Rico (RUM). Nací en Mayagüez en diciembre de 1952; en esta ciudad me crié y fui a la escuela, de 1970 a 1974 hice el bachillerado en el RUM, regresé al Colegio en 1978 y fui profesor durante 35 años consecutivos.

Escribir estas líneas me ha hecho revivir momentos buenos y no tan buenos, decisiones acertadas y también desacertadas. De todas las experiencias aprendí.

Me hubiese gustado mucho leer una colección similar de recuerdos de mis compañeros de trabajo hoy jubilados y de mis profesores, pero nada he encontrado. Ojalá esta contribución sirva de estímulo para que otros que pasaron sus mejores años en el Colegio compartan algunas de sus experiencias y recuerdos.

Agradezco a Brenda Soto, Lucy Serrano, Karla Martínez, y Donato Seguí, excompañeros de trabajo, por ayudarme a recordar ciertas fechas y detalles. Los cuatro son profesionales de primer nivel.

LOS ÁRBOLES DE MANGÓ

Mi primer recuerdo del entonces Colegio de Agricultura y Artes Mecánicas se remonta a la década de 1960, entre la niñez y la adolescencia, cuando con tres o cuatro amigos de la infancia caminaba hasta el recinto en búsqueda de anaranjados y dulces mangós mayagüezanos. En el camino conversábamos y reíamos animadamente sobre temas hace tiempo olvidados.

Para evitar problemas con la Guardia Universitaria íbamos por lo general los fines de semana y nos manteníamos alejados del área céntrica, prefiriendo los árboles que crecían en la periferia del campus, por ejemplo donde hoy se encuentra el edificio de Biología, con el que décadas después me vería estrechamente ligado.

La técnica para obtener la fruta era por necesidad primitiva. Comenzábamos buscando debajo del árbol un puñado de mangós recién caídos y bastante firmes; no para consumirlos, ya sabíamos que el mangó desmejora rápidamente después de caer. Estos eran para tirar. Cada uno identificaba una fruta anaranjada, muy madura y presta a caer, y le informaba su blanco a los demás. Luego tomábamos turnos. Pensará el lector que era un esfuerzo inútil, como seguramente lo sería hoy, pero en aquel tiempo con varios intentos dábamos en el blanco

o en la rama donde el mangó se encontraba, y éste se desprendía y en picada bajaba al suelo.

El reto ahora era “cacharlo”, es decir lograr que cayera en nuestras manos en vez de dar contra el suelo. Aunque como aficionados al beisbol éramos diestros tirando y “cachando”, la mayoría de las veces el mangó daba en el suelo e inmediatamente lo recuperábamos de entre la vegetación; cuando cada uno tenía dos o tres, nos sentábamos bajo el árbol.

No teníamos cuchillo ni cuchilla, bastaban los incisivos afilados para darle a la cáscara un corte que permitiera agarrar y tirar. Cuando la cáscara se había separado lo suficiente, el dedo pulgar halaba el resto y la pulpa quedaba expuesta.

Demás está describir cómo terminábamos... la cara y las manos embarradas; para limpiarnos estaban las hojas secas, el tronco del árbol y como último recurso nuestra ropa. Para limpiar los dientes apretujados por fibras estaban las uñas. Luego de varios cuentos y risas adicionales, juntos regresábamos a nuestras casas caminando, tranquilos, felices, sin preocupaciones.

EL PERRO ABIERTO

Según mi madre, desde muy pequeño me inclinaba por el estudio de los animales. Observaba cuidadosamente la naturaleza y llamaba a las hormigas mingas mingas. Un día decidí viajar a la luna y para hacerlo sostuve con fuerza la fina varilla de un cohete de a centavo, lo apunté a la luna y prendí la mecha... demás está decir que no me moví una fracción de milímetro, sino que el cohete disparó hacia atrás toda la pólvora negra sobre mi ropa blanca de salir. Para mi sorpresa, y alivio, la reacción de mi madre fue reír y cambiarme de ropa. Una década después, en segundo año de escuela superior, gané el primer premio de la feria científica del oeste, con un estudio titulado *Study of Reactions in Mosquito Larvae*.

Durante mis años de escuela superior no faltaba a los *open houses* (casas abiertas) del Colegio. En aquellos tiempos los departamentos realizaban un gran esfuerzo por dar a conocer sus ofrecimientos y el Departamento de Biología no se quedaba atrás. Yo era de los primeros en llegar para no hacer fila con los muchos estudiantes que llegaban de otros pueblos. Todas las exhibiciones eran muy interesantes, pero la de Biología era la mejor.

Recuerdo mis dos exhibiciones favoritas. La primera estaba en el segundo piso del edificio Celis, en el primer salón a la derecha cuando se entra por la puerta este, la más cercana a la réplica del Pórtico Colegial. Consistía

de una colección de reptiles y aves disecadas, cajas de insectos, caracoles y frascos grandes con animales en alcohol. Para mí era fascinante, aunque más o menos los mismos animales se repitieran todos los años.

La exposición más impresionante, sin embargo, era la del perro abierto, a cargo del profesor Luis Ángel Rodríguez. Sobre una de las mesas del laboratorio aledaño al salón ya entonces conocido como El Paredón, se colocaba patas arriba un perro anestesiado, con el pecho abierto, conectado a una máquina con tubos que recibían su roja sangre por un lado y la devolvían igualmente roja por el otro. El profesor supervisaba la exhibición y contestaba preguntas mientras visitantes de todas las edades observaban en silencio, muchos boquiabiertos. El perro era donado por la perrera municipal y demás está decir que de aquella operación no se recuperaba.

Sospecho que no fureon pocos los estudiantes que decidieron estudiar medicina luego de presenciar tan impactante exhibición.

EL EXAMEN SECUESTRADO

El Departamento de Biología le negó la medalla departamental a un estudiante porque miró para el lado durante un examen. No había una sola queja adicional contra el joven, sólo que durante un examen de laboratorio miró y vio la contestación de una pregunta. Lo que relato a continuación no fue sin embargo una mirada para el lado, sino un copiete (una copiada extrema). El ofensor había sido compañero de estudios en la Academia de la Inmaculada Concepción.

Tomaba yo un examen de zoología. El profesor, como muchos otros, caminaba entre las filas, deteniéndose a veces para contestar una pregunta y velando que los estudiantes no tuviesen un bate (un papelito con información que no habían memorizado), o alguna otra ayuda. El profesor seguía siempre la misma rutina, la misma secuencia pasando de una fila a otra, caminando siempre al mismo paso desde el principio hasta el final del salón, una y otra vez. En otras palabras, la rura era predecible.

En el cuarto pupitre detrás de mí estaba mi amigo. El profesor pasó por mi lado y poco después veo con el rabo del ojo una silueta que llega, agarra mi examen y desaparece. ¡Horror! Miré inmediatamente hacia atrás y veo a amigo sentándose en su pupitre. Yo me quedé sin examen.

Lo primero que pensé fue informarle al profesor lo sucedido, pero eso hubiese perjudicado malamente a mi amigo. Con el corazón acelerado, gotas de sudor en la frente y blanco como un papel, decidí permanecer quieto, pero si el profesor preguntaba le contaría lo sucedido... "profesor, fulano de tal vino y me quitó el examen". La verdad.

El profesor llegó al frente del salón, giró a la izquierda y caminó hacia atrás a lo largo de la siguiente fila. Encorvado, tapaba yo la superficie de mi pupitre. El profesor llegó hasta atrás, viró a la derecha y caminó hacia el frente por la próxima fila. Cuando iba por la mitad del salón, mi amigo regresó y me devolvió el examen, tranquilo, como si nada hubiese sucedido. Continuamos siendo amigos pero jamás nos sentamos cerca. Él es hoy médico y sospecho que en la escuela de medicina fue mucho lo que miró para el lado.

LOS TROVADORES

El ser humano es un animal de costumbres. Todos los animales son animales de costumbres. Los pulpos siguen todos los días esencialmente la misma rutina, igualmente hacen los peces, las hormigas, los gatos y los perros. Este comportamiento tiene sentido, porque si produce buenos resultados y nos mantiene fuera de peligro, no hay porqué cambiarlo. Imagina una vida en la que todos los días todo el mundo se comportara de modo impredecible.

Yo había hecho la rutina de ir todos los días al mismo baño del edificio de Estudios Generales (Chardón) a hacer el "número dos". En aquel tiempo casi todos los baños eran pocilgas, pero uno de los menos malos estaba en Generales y cerca tenía clase.

Un día encontré un poema escrito en la pared al lado del inodoro. Tenía título y se componía de cuatro o cinco estrofas de cuatro lineas cada una, en las que rimaban perfectamente la primera con la tercera y la segunda con la cuarta. Al día siguiente veo otro poema al lado del primero. Al día siguiente otro, y ¡luego otro!, y seguían a diario aunque el conserje los borraba semanalmente. Cada poema tocaba un tema distinto y todos iban firmados por *El Trovador Cagón*. La longitud de los poemas aumentó con el tiempo, recuerdo uno que

cubría la puerta completa del cubículo e iba dirigido con ira al conserje que borraba sus "exquisitas creaciones".

Un día decidí contestarle al trovador cagón. Escribí al lago de su más reciente creación un poema mío con idéntica estructura y rima, firmado por *El Trovador Jodón*. Al día siguiente... ¡una contestación! Lo mismo el próximo día, y el próximo, y el próximo, desarrollándose entre ambos un imaginativo y divertido duelo de poetas. Quien no se divertía, por supuesto, era el conserje encargado de borrarlos.

Platicando una mañana con mi mejor amigo, con quien estudié desde primer grado hasta graduarnos de escuela superior, le comenté que en un baño de Generales escribía poemas alguien que los firmaba El Trovador Cagón. Abrió los ojos muy grandes, rió a carcajadas (casi con lágrimas) y finalmente respondió ¡yo soy el Trovador Cagón! Igualmente sorprendido respondí yo ¡yo soy el Trovador Jodón! Nunca habíamos reído tanto, sorprendidos por la enorme coincidencia.

Tristemente, ese día terminó el debate entre los dos trovadores, conociendo cada uno la identidad del otro ya no era divertido continuar. Sospecho que el conserje sintió alivio y quizás hasta sonrió.

EL DR. MISKIMEN

Decidí estudiar biología durante el segundo año de escuela superior gracias al excelente curso del profesor Fernando Cofresí, quien sería diez años después mi primer jefe como director del Departamento de Biología. Cuando entré al Colegio en agosto de 1970 yo tenía la zoología como primera opción y la botánica como segunda, así que tomé cursos en ambas materias. Recuerdo dos salidas al campo en la clase de taxonomía de plantas, una al Cerro Las Mesas donde comí por primera vez icacos (muchos), y otra a Arecibo, donde en medio de un campo se encontraba el Dr. Roy Woodbury, botánico estadounidense que conocía prácticamente todas las plantas de la isla. El Dr. Arturo González Más, nuestro profesor y especialista en ciperáceas, quería saludarlo y que lo conociéramos.

Me decidí por la zoología y los insectos durante el curso introductorio de entomología del Dr. George Miskimen, un americano alto, fornido y muy estricto que no hablaba gota de español. Miskimen estaba casado con la Dra. Carmen Rivera, también profesora del departamento, igualmente estricta y conocida por sus exámenes difíciles como la doctora Miscrimen. El Dr. Miskimen comenzó la clase con la siguiente advertencia: *My dear students, some of you won't make it, in fact, most of you won't make it.* Y así fue, de los doce que comenzamos el curso, cuatro lo terminamos.

Algo positivo vio en mí el Dr. Miskimen porque me invitó a formar parte de su equipo de investigación. Se trataba de trabajar como esclavo, es decir sin paga, lavando meticulosamente cristalería de laboratorio y criando con mucho cuidado gusanos barrenadores de la caña. Entre tareas conversaba con el profesor y aprendía cómo investigar, incluyendo su meticuloso proceder y énfasis en hacerlo todo a tiempo y con precisión, lecciones que interioricé y apliqué durante mi carrera universitaria.

Más adelante el Dr. Miskimen me dio llaves para entrar al Laboratorio de Entomología cuando quisiera y usar una oficina vacía. Allí estudiaba durante el día y a menudo también por la noche. Prefería no estudiar en grupo porque se perdía mucho tiempo hablando sobre otras cosas; en las pocas ocasiones que lo hice, fue luego de haber estudiado, de modo que si querían perder el tiempo yo no me perjudicaba.

Mis relación con el Dr. Miskimen fue muy buena (incluso llegué a visitar su casa en Miradero) hasta que observó que yo había desarrollado intereses ajenos a los suyos (descritos en el próximo recuerdo). Un día me dijo con firmeza que para continuar allí tendría que hacer mi tesis de maestría con el gusano barrenador de la caña o el áfido amarillo de la caña. Uno de los dos. Varios días después le entregué las llaves del laboratorio; me miró y con su peculiar sonrisa que no lo era, me dijo “ok, that’s it”. No lo vi nuevamente.

LOS COLÉMBOLOS

Los topes de los muebles del Laboratorio de Entomología son negros. Sobre el de la oficina que me había prestado el Dr. Miskimen observé una noche de verano en 1973, varios insectos muy pequeños de color amarillo pálido, con antenas largas y sin alas. Y no solamente les faltaban las alas, sino que al tocarlos con la punta de un lápiz ¡saltaban! Emocionado por el descubrimiento colecté varios en un potecito con alcohol y los observé con la lupa de catorce aumentos que me había regalado el Dr. Miskimen, y la cual conservo y uso ocasionalmente. Al día siguiente, todavía emocionado, le enseñé los animalitos al Dr. Miskimen y me los identificó como *springtails*.

Aquellos colémbolos definieron el curso de mi vida. Mi decisión de estudiarlos condujo meses después a una ruptura definitiva con el Dr. Miskimen (recuerdo anterior) y al comienzo de una corta pero muy importante relación con el Dr. Jenaro Maldonado Capriles (próximo recuerdo). Poco más de un año después, en agosto de 1974, partí hacia la Universidad de Illinois a estudiar la taxonomía de los colémbolos. En diciembre de 1975 terminé la maestría y en junio de 1978 el doctorado. En agosto de 1978 regresé entusiasmado a Puerto Rico como Catedrático Auxiliar en el Departamento de Biología, listo para estudiar los colémbolos de mi isla. No había cumplido 25 años de edad.

Sometí para publicación mi primer artículo científico sobre colémbolos antes de partir hacia los Estados Unidos. Durante la década y media que duró este pasatiempo describí cuatro géneros nuevos y más de cien especies nuevas. Los colémbolos me permitieron alcanzar el nivel de Catedrático Asociado en tres años, la permanencia a los cinco y el nivel de Catedrático a los ocho (todos tiempos mínimos) con 32 años de edad.

Los colémbolos me llevaron a un congreso internacional en Bélgica y a museos en Madrid y Paris. También a la selva nublada y a páramos cerca de Mérida (Venezuela), donde colecté especies nuevas. Visité a un colega mexicano que me llevó a las faldas del Popocatépetl y a una cueva con vampiros, debajo de los cuales había un charco sanguinolento. Los colémbolos me consiguieron varios estudiantes graduados; uno de ellos, el Dr. Felipe N. Soto Adames, es hoy el principal especialista en estos animalitos en Norteamérica; ha estudiado los colémbolos mucho más tiempo que yo y al parecer los estudiará por siempre.

Mi vida cambió de rumbo hacia 1990. Mis intereses cambiaron poco a poco, ya el estudio de los colémbolos no era tan divertido como antes. Pero nunca los he olvidado y no los olvidaré. En el patio de mi casa en Aguadilla les tengo un lugar que llamo el bosque de los colémbolos. Es un espacio detrás del árbol de ceiba, donde la hojarasca no se toca, para que entre ella y el suelo vivan tranquilos sus vidas, sin que nadie los meta en potecitos con alcohol.

EL DR. MALDONADO

El Dr. Jenaro Maldonado Capriles fue mi segundo mentor como estudiante colegial. Como el Dr. Miskimen y su esposa, el Dr. Maldonado y su esposa eran profesores exigentes, personas rectas y serias, cumplidores a cabalidad de todas sus tareas. Excelentes modelos a seguir. A diferencia del Dr. Miskimen, el Dr. Maldonado era taxónomo de insectos y gustosamente me recibió cuando le conté porqué no podía continuar en el Laboratorio de Entomología. Simplemente movió de lugar un escritorio pequeño que tenía en su oficina, le puso una silla y me dijo "ese es tu lugar, ahí puedes trabajar". Y allí trabajé un año, desde el verano de 1973 hasta el verano de 1974.

Dediqué buena parte de ese año a colectar colémbolos en distintas partes de la isla, a montarlos en laminillas y a estudiarlos bajo el microscopio. Sobre los colémbolos de Puerto Rico se había publicado muy poco y casi todo estaba en un artículo basado en colectas del Dr. Maldonado. El Dr. David L. Wray le había dedicado una de las especies nuevas encontradas en aquel material, *Lepidocyrtus caprilesi*; años después yo le dediqué otra, *Lepidocyrtus paracaprilesi*. Por medio del Dr. Maldonado me comuniqué con el Dr. Wray, quien me ayudó a identificar muchos de los colémbolos que encontré.

El Dr. Maldonado insistió en que me fuese a estudiar a los Estados Unidos. Para complacerlo solicité a una sola universidad, la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign, donde se encontraba la colección más grande de colémbolos y de literatura científica sobre los mismos. Si no me aceptaban habría cumplido con el profesor y contento me quedaría en el RUM haciendo la maestría.

Partí hacia Illinois con una beca de $3,000 anuales otorgada por la UPR con la condición de estar dispuesto a trabajar en la universidad cuando acabara los estudios. No recuerdo quien me contó sobre la beca, pero sí que el Dr. Maldonado hizo una cita con el Decano de Asuntos Académicos, entonces el Dr. Salvador Alemañy, y juntos fuimos a pedirle una carta de recomendación. Luego de escuchar unos minutos, Alemañy dijo “Maldo, escribe la carta y yo la firmo”.

Defendí la tesis de maestría en diciembre de 1975 y regresé a la isla para pasar las navidades, con la intención de volver a Illinois a preparar la mudanza y regresar a Puerto Rico. Cuando le conté a Dr. Maldonado que había terminado la maestría, sonrió con satisfacción, me miró serio y preguntó: "¿cuándo terminas el doctorado?" Lo terminé en mayo de 1978, regresé en julio y en agosto comencé a trabajar en el RUM.

Años después, por sugerencia del Dr. Stuart Ramos, nominé al Dr. Maldonado para el reconocimiento de profesor emérito, honor que recibió durante la graduación de 1991.

EL DR. JOSÉ A. RAMOS

Conocí al Dr. Ramos en el 1973, poco después de comenzar a estudiar colémbolos bajo la tutela del Dr. Maldonado. Él había publicado *The Insects of Mona Island (West Indies)* en 1946 y mencionó allí varios colémbolos. Yo quería tener esas páginas y en aquel tiempo las fotocopiadoras eran escasas. Visité al Dr. Ramos, a la sazón Director de Estudios Graduados, y amablemente caminó conmigo hasta su oficina en el edificio Celis, regresamos a Estudios Graduados y por la tarde fui a buscar la copia... ¡la publicación completa!, no sólo las páginas que yo interesaba.

Me encontré nuevamente con don José a comienzos de la década de 1990. Se había jubilado en 1976, pero en 1989 recibió la distinción de profesor emérito y regresó al Colegio para continuar sus investigaciones. Le asignaron oficina en el Laboratorio de Entomología, cerca de mi oficina. Recuerdo claramente que un día se presentó a la puerta de mi oficina y me dijo “Pariente, necesito que te encargues de mi estudiante graduado, porque no tengo nada que enseñarle, él ya lo sabe todo”. Así obtuve súbitamente un estudiante graduado, quien terminó la maestría dos años después. Era terco y el secreto fue dejarlo trabajar solo.

Lo de pariente se debe a que mi abuela paterna era prima hermana del Dr. Ramos. Me contó más de una vez

que de joven, cuando visitaba su casa, la levantaba en el aire y le daba una vuelta antes de ponerla nuevamente el suelo. Me lo describió como una persona muy alegre, amable y jovial. Yo lo recuerdo como una persona formal, recta en su proceder y muy responsable. Un ejemplo a seguir para un joven profesor.

El Dr. Ramos enfermó de Parkinson, pero los nuevos medicamentos le permitieron seguir viniendo a la oficina y continuar sus investigaciones. Llegaba muy temprano de lunes a viernes. Varios de sus trabajos más importantes se hicieron durante este periodo, Con el tiempo la enfermedad progresaba y él caminaba con mayor dificultad. Un día no vino más. Meses después me llamaron de parte suya para una reunión. Yo sería uno de los dos testigos de su testamento, el otro fue el Dr. Ángel Berríos. Ese día hablé con don José por última vez. Nos dijo con la ayuda de la señora que lo cuidaba "ésta es una enfermedad ingrata, porque te destruye el cuerpo mientras te deja la mente intacta".

Unos años antes yo le había pedido al Dr. Berríos que hiciera el brindis en mi boda y lo tomó a broma. Se dio cuenta que había sido en serio cuando le informé que era momento de hacer el brindis. Sorprendido, me dijo que no podía porque no había escrito nada. El Dr. Ramos lo miró y le dijo "Angelito, a ciertas cosas no se puede decir no". Berríos se levantó de su silla, caminó al atril y el brindis improvisado le quedó muy bien.

EL DR. STUART RAMOS

Conocí al hijo del Dr. José A. Ramos igualmente en el 1973, cuando fui su estudiante en el curso de Ecología. Fue mi profesor favorito en el Colegio. Stuart explicaba con perfecta claridad y genuino interés por la materia. Lo último se notaba en sus ojos, su voz firme y su lenguaje corporal. Intenté imitarlo en mis clases.

Mi próxima interacción con Stuart tuvo lugar cuando terminé el doctorado y regresé como profesor. Durante el segundo semestre del primer año, me ocurrió darle A en la clase de zoología a los estudiantes que habían sacado A en los tres exámenes parciales, de modo que no tenían que tomar el examen final. Una de las profesoras que daba el laboratorio del curso fue a quejarse y Stuart, entonces Director Asociado, me llamó. Amablemente me dijo que no debía obviar la calificación del laboratorio y que el examen final era obligatorio. Lección aprendida, para siempre.

Stuart fue uno de los patrones más importantes del Caribbean journal of Science, la revista científica del Colegio de Artes y Ciencias. Siendo él rector del RUM, se me ocurrió la idea de digitalizar la colección completa de la revista. Se lo comenté, me preguntó cuánto costaría y consiguió el dinero. Meses después me dijo que quería que la revista saliera cuatro veces al año (en

vez de dos), que le dijera cuánto costaría. No recibíamos suficientes manuscritos para cuatro números pero sí para tres, y tres se publicaron mientras fui editor.

La idea de designar profesor emérito al Dr. Jenaro Maldonado Capriles fue de Stuart, aunque fui yo quién la presentó al departamento. Siendo rector, Stuart me designó Director asociado de Estudios Graduados, el primero de cuatro puestos administrativos que ocupé en el Colegio.

Un día me llamó a su oficina en el Laboratorio de Entomología (la había heredado de su padre) y me dijo "José, Fulanito (quien estaba allí) dice que colectó un plecóptero en el Yunque. Yo no sé qué es, míralo a ver si tú sabes". El orden Plecoptera no había sido reportado de Puerto Rico, de modo que podía tratarse de un descubrimiento muy importante. Miré el animalito, que estaba montado en una laminilla, y tres o cuatro segundos después les dije "eso es el macho de una queresa". Quizás me consideraron un genio, no les dije que había visto un macho de queresa por primera vez dos días antes, cuando un estudiante del curso de taxonomía de insectos lo entregó en su colección identificado.

LA LECCIÓN DEL DR. AGUAYO

En el Colegio existía una categoría de admisión a estudios graduados llamada *senior graduate*. Bajo la misma, un estudiante a quien le faltaran seis o menos créditos para graduarse de bachillerato podía solicitar admisión a estudios graduados y tomar hasta seis créditos graduados. El programa era lo que hoy se conoce como un *win win*; el estudiante se beneficiaba porque adelantaba esos créditos en su programa y la universidad se beneficiaba porque retenía un buen estudiante.

En enero de 1974 comencé estudios graduados como *senior graduate*. Me matriculé en dos cursos: Principios de Zoología Sistemática con el Dr. Carlos Aguayo y Taxonomía de Insectos con el Dr. Maldonado. A nivel subgraduado tomé el curso de seminario y otro que no recuerdo.

El orgullo y la ilusión de ser estudiante graduado duraron poco. El día del primer examen de Sistemática, el Dr. Aguayo llegó al salón, saludó amablemente (como siempre), repartió el examen, impartió instrucciones y se retiró a su oficina, que estaba justo al lado del salón. Yo no había visto tal acción de parte de un profesor y la entendí de inmediato como una muestra de confianza hacia la madurez del estudiante graduado. Pero, no pasaron cinco minutos y todos los estudiantes, algunos

con dos años ya en el programa de maestría, comenzaron a copiarse descaradamente. Algunos hablaban en voz alta con sus vecinos, otros buscaban las contestaciones en el libro, uno se sentó al lado de otro estudiante para copiar las contestaciones de varias preguntas. Para mí fue una gran decepción, creía que los estudiantes graduados eran diferentes.

A veces me pregunto si el Dr. Aguayo sabía lo que sucedía durante sus exámenes o si estaba ajeno a lo que pasaba tan pronto se ausentaba. Quizás aquella era una lección de honestidad. Si lo fue, la entendí y sigue conmigo.

En la Universidad de Illinois nos dieron llave del salón donde se ofrecía el curso de taxonomía de insectos, para que pudiéramos entrar en cualquier momento del día o la noche a estudiar la colección del curso. En ese mismo salón el asistente de cátedra preparaba los exámenes prácticos y los dejaba montados para la mañana siguiente. Nadie nunca habló de ir por la noche a ver el examen.

PRIMERA TAREA ACADÉMICA

Regresé con el doctorado en julio de 1978 para comenzar clases en agosto, sin saber cuál sería mi primera tarea académica. Le había preguntado por carta al director del departamento sin recibir respuesta, pronto aprendería que dejarlo para lo último era costumbre suya.

Mientras tanto, me asignaron oficina en el tercer piso del edificio Celis, compartida con la profesora Alice Ortiz de Caraballo. Era la oficina del Dr. Maldonado, quien un año antes se había jubilado para trabajar con su esposa en la recién inaugurada Escuela de Medicina de Cayey.

Acercándose el comienzo de clases me reclutaron para trabajar en el proceso de matrícula, que era artesanal y un purgatorio para los participantes. El sistema funcionaba con tarjetas blancas para altas y rojas para bajas (sospecho que los colores enviaban un mensaje de bueno y malo). El estudiante llenaba una tarjeta para cada curso de alta, autorizada por el departamento, e iba al lugar del gimnasio asignado a Cómputos, donde luego de hacer una larga fila a menudo contestaban que la sección estaba llena. El estudiante tenía entonces que regresar al comienzo, llenar otra tarjeta blanca, buscar nuevamente la autorización del departamento y regresar a Cómputos para hacer otra fila y otro intento.

Como entonces no se publicaban los nombres de los profesores, si un estudiante averiguaba con quien se había matriculado y temía tomar clases con esa persona, tenía que repetir el proceso con una tarjeta roja para darse de baja y una blanca para la alta en otra sección, que podía entonces estar llena. Con aquel sistema, terminar la matrícula podía convertirse en un calvario de varios días. Yo casi siempre aceptaba mi programa como llegaba por correo, sin hacerle cambios.

Faltando tres o cuatro días para el inicio de clases, me llamó doña Blanca, la secretaria del director, para pedirme que pasara por su oficina para discutir (o sea, recibir) mi programa de clases. Yo esperaba tarea completa de un mismo curso, para tener tiempo de preparar las conferencias y hacer investigación, o a lo sumo un curso combinado con una o dos secciones de seminario, donde los estudiantes hacen presentaciones y el profesor hace de guía y evaluador.

Me dijo el director, “mijito, te tengo un programa bien bueno". Primero, Biología General, seguido por un *psst* y un movimiento con la muñeca y la mano que significaba eso es muy fácil o eso cualquiera lo hace, Zoología General... otro *psst,* y Taxonomía de Insectos (conferencia y laboratorio), "que eso es lo tuyo". Cuatro preparaciones anunciadas a menos de una semana del primer día de clases. Recién llegado, era imposible protestar, solamente dedicar casi doce horas diarias durante el demestre completo para cumplir con la tarea.

EL DR. BERRÍOS Y *BUG PROOF*

Con cierta regularidad tengo el placer de conversar por teléfono con el Dr. Ángel Berríos[1], mentor, modelo, excolega y buen amigo. Lo conocí durante mi bachillerato. Ambos hicimos el doctorado en entomología en la Universidad de Illinois pero coincidimos allí una sola vez, pues Berríos me lleva unos 17 años (luego me enteré que ese día estaba en Illinois defendiendo su tesis doctoral). Casi siempre cuando hablamos recordamos entre sonrisas y penas (reír por no llorar) el incidente de los muebles *bug proof*.

Los muebles originales del edificio Celis habían cumplido más de 60 años cuando durante la década de 1990 apareció una subvención para remodelar todos los laboratorios y sustituir todos los muebles. Luego de tantas décadas de uso constante, los viejos muebles lucían un tanto cansados y sin lustre. No estaban a tono con los tiempos modernos y su color castaño rojizo le impartía a los salones un cierto ambiente lúgubre. Pero, aquellos viejos muebles guardaban un secreto: habían sido hechos de caoba dominicana, una de las maderas más resistentes al comején y la polilla.

Los muebles nuevos llegaron y por falta de lugar para guardarlos se colocaron en sus cajas a lo largo de los

[1] Escribí este ensayo antes de la inesperada muerte del Dr. Berríos en agosto de 2023.

pasillos del edificio. Cuenta el Dr. Berríos que un profesor preguntó si los muebles nuevos eran resistentes a la polilla y el director contestó afirmativamente. Unos días después apareció escrito *bug proof* en tiza blanca sobre varias cajas. No se supo quién lo escribió y nunca le pregunté a Berríos si había sido él.

Llegado el momento, los muebles viejos se arrancaron y se descartaron. Los nuevos se instalaron, se veían muy lindos, de color crema con tope negro, hechos de arce (*maple*) estadounidense. Las termitas no tardaron en llegar desde sus nidos en los árboles que crecen frente al edificio, hicieron caminos cubiertos y sigilosamente atacaron todos los muebles que se habían instalado contra las paredes. La polilla entró volando (eran tiempos sin aire acondicionado) y atacó las mesas. A parte del daño causado por los insectos, el agua usada durante las clases penetró lentamente los topes de las mesas e hizo que se brotaran. No hubo otro remedio que cambiarlos por muebles de metal.

El Dr. Berríos rescató varios pedazos de los muebles originales. Años después me regaló unas piezas con las cuales hice varias artesanías y parte de un banco de trabajo que guardo. Todavía hoy la madera está en perfectas condiciones, y tocarla me lleva al pasado.

HOLOCAUSTO

Una de las ironías de nuestro sistema educativo es que los maestros de escuela tienen que aprobar una serie de cursos de pedagogía como requisito para ejercer su oficio, pero para enseñar en la universidad no hay requisito alguno. Yo me gradué de la Universidad de Illinois en junio de 1978 (doctorado en entomología- el estudio de los insectos) y comencé a dar clases en el Colegio en agosto del mismo año, sin otro conocimiento en pedagogía que el adquirido por difusión mirando a mis maestros y profesores.

Mis modelos fueron estrictos, y yo, siendo por naturaleza muy recto y responsable, también fui estricto. A menudo, demasiado. Le dedicaba mucho tiempo a la preparación de los exámenes... cinco, seis, a veces hasta ocho horas, haciendo preguntas difíciles para que el estudiante que no estudiara, fracasara. Y los exámenes del próximo semestre o año eran siempre nuevos, ninguna de las preguntas era reciclada.

No hacía preguntas de cierto y falso, donde la probabilidad de contestar bien es cincuenta por ciento. Usaba preguntas de selección múltiple con muchas alternativas, que a veces incluían todas las anteriores, ninguna de las anteriores y más de una de las anteriores. Hacía preguntas de llenar blancos, más difíciles de contestar y también de corregir. Hacía pareos

donde sobraban alternativas en la columna derecha. Un número pequeño de estudiantes sacaba A o B, el 40 por ciento sacaba D o F. Los demás C.

Los exámenes en línea del curso de Ciencias Biológicas se ofrecían por la noche y los estudiantes los tomaban en sus casas. Les decía que podían contestarlos en parejas o en grupos, pero les recomendaba estudiar y tomarlos individualmente. La sugerencia parecía no tener sentido hasta que el examen comenzaba y los estudiantes que estaban en grupos encontraban que había un límite de tiempo para contestar cada pregunta y que ¡cada uno veía una pregunta distinta! Lo último sucedía porque el sistema que ensamblaba el examen buscaba al azar para cada estudiante 50 preguntas de un banco con más de 150. Como las preguntas no eran fáciles, el porcentaje de buenas y malas notas fue similar en los exámenes presenciales y en los virtuales.

Retrocediendo en el relato, recién llegado yo al recinto se pasó por televisión una serie muy popular titulada Holocausto, basada en sucesos de la Segunda Guerra Mundial. Los exámenes de los cursos con varias secciones se ofrecían de noche, para que todos los estudiantes tomaran el mismo examen, y uno de Zoología General coincidió con el día y hora de la serie. Afuera del salón, un estudiante comentó "me voy a perder Holocausto", a lo que otro contestó “no te preocupes, lo vamos a tener aquí”. Gracioso, pero a la vez *t*riste. Con el paso de los años mis exámenes lentamente mejoraron.

RECONOCIMIENTO Y DOS SECRETOS

Durante el segundo semestre de 1984, la Facultad de Artes y Ciencias realizó una actividad de reconocimiento para cinco investigadores destacados, uno de los cuales recibiría cien dólares de premio. Demás está decir que el Dr. Juan A. Rivero ganó el premio, mi satisfacción fue formar parte de un grupo tan pequeño.

Un secreto es algo que solamente conoce una persona y deja de serlo tan pronto lo conoce alguien más. Entre los asistentes a la actividad se encontraba mi madre, muy orgullosa de su hijo. Me contó luego de la actividad que el doctor Rivero la había saludado y le había comentado "si su hijo sigue como va, será mi sucesor". Ese es el primer secreto, pues muertos ambos, hasta este momento solamente lo conocía yo.

No se refería el Dr. Rivero a sucesor como profesor, esa distinción la heredó el excolega y amigo Fernando Bird. Se refería a sucesor como investigador, pues para ese momento yo había publicado más de 40 artículos en revistas arbitradas y había descrito muchas especies nuevas de colémbolos. En total publiqué 67 artículos y describí más de 100 especies y cuatro géneros nuevos.

No alcancé al Dr. Rivero como investigador, dudo que alguien logre alcanzarlo en quehacer académico alguno.

Como escritor sobre temas diversos pienso que me le he acercado. A parte de los artículos científicos, soy autor de un número similar de publicaciones digitales sobre temas variados, una selección de estos trabajos aparece en el recuerdo titulado Ediciones Digitales. El secreto del Dr. Rivero ha sido siempre para mí motivo de satisfacción, inspiración y motivación.

El segundo secreto tiene que ver con el profesor Pablo Rodríguez, decano de Artes y Ciencias y moderador de la actividad mencionada. Recién llegado al Colegio y dos o tres veces después le comenté que había sido su estudiante de cálculo. En todas las ocasiones me contestó que no me recordaba como estudiante. En todas las ocasiones sentí alivio, pues nunca entendí bien el cálculo ni para qué podía usarlo. En el primer semestre con don Pablo saqué C y en el segundo iba derechito a la D, pero me regaló la C.

DIRECTOR ASOCIADO DE ESTUDIOS GRADUADOS

Durante mis 35 años de carrera universitaria ocupé cinco puestos administrativos, ninguno de ellos por demasiado tiempo, y por demasiado quiero decir más allá del momento cuando había hecho lo que podía hacer y aprendido lo que podía aprender.

Mi primer puesto fue Director Asociado de Estudios Graduados. Fui reclutado en julio de 1995 por la Dra. Nelia Acosta, quien dirigía la oficina, y me nombró el Dr. Stuart Ramos, entonces rector. Trabajaban con nosotros María Méndez (quien luego pasó a Biología) y Olga Guilfucci, además de estudiantes del programa de estudio y trabajo.

Mi tarea principal era leer y señalar errores gramaticales en las propuestas y en las tesis que se sometían a la oficina para ser oficialmente aprobadas. También hacía sugerencias para mejorar la redacción, de modo que el lector entendiera con más facilidad el contenido. Recuerdo una propuesta con tantos errores y tan difícil de entender que llamé al estudiante, y luego de enseñarle el documento corregido le pregunté si su comité lo había leído. Recuerdo como si fuese hoy su contestación: "profesor, ¿no vio usted que dos de los miembros son chinos y el otro es ruso?”.

Poco más se hacía en este puesto, a parte de ayudar a la Dra. Acosta con sugerencias cuando me las pedía y con la redacción de cartas sobre asuntos delicados, como lo fue una muy triste denegando la validez de un examen de disertación doctoral llevado a cabo sin el visto bueno de la oficina y pasada la fecha límite para tales exámenes.

A pesar de lo agotador que llegaba a ser revisar tantas propuestas y tesis, algo transformativo me sucedió en este lugar. Hacía años que la oficina pertenecía al *Council of Graduate Schools* pero nunca había participado en una actividad de la organización. En septiembre de 1995 la Dra. Acosta me pidió que asistiera a la convención de ese año, a celebrarse en Charleston, Carolina del Sur. Allí tuve la oportunidad aprender cómo funcionaban otras oficinas y decanatos de estudios graduados.

La magna revelación sucedió durante una de las conferencias, cuando la presentadora preguntó *¿how many of you have Internet presence?* Alrededor del 70 por ciento de los asistentes levantó la mano. La próxima pregunta fue *How many of you have the admission application online?* Como el 20 por ciento levantó la mano. Aquella fue la primera vez que escuché la palabra Internet, algo que completamente cambiaría mi vida (próximo recuerdo). En febrero de 1996 la Oficina de Estudios Graduados estrenó su primera página web.

LA INTERNET

En la conferencia donde por vez primera escuché la palabra Internet (recuerdo anterior), se explicó que consistía de computadoras conectadas de modo tal que podían compartir información mundialmente. Algunas de ellas, llamadas servidores, tenían la información y otras computadoras o terminales se conectaban con ellas, les pedían información y lo solicitado aparecía en cuestión de segundos en la pantalla. En aquel día de septiembre de 1995 cómo esta tecnología habría de revolucionar el acceso a la información, especialmente a la información técnica y científica. Hoy todas las revistas científicas están en línea. Las enciclopedias y los diccionarios impresos casi han desaparecido.

De vuelta en Puerto Rico compré un libro sobre cómo escribir código html y empecé a preparar la primera página de Internet de la Oficina de Estudios Graduados. Era un proceso largo, tedioso, completamente manual y no toleraba el más mínimo error. De aquellos tiempos recuerdo que cada página comenzaba con <html> y terminaba con </html>. Entre esos dos pedacitos de código iba todo lo demás, cada parte entre otros pedacitos (por ejemplo <head> y </head>, <body> y </body>) que iban dándole estructura al documento.

La página terminada se entregaba en disco *floppy* al administrador del único servidor del Colegio, ubicado en el primer piso del edificio de Ingeniería. Allí, la persona a cargo recibía las páginas, las colocaba en el servidor e inmediatamente podían verse ¡en cualquier lugar del mundo! La dirección del servidor era http://mayaweb.upr.clu.edu. Luego del edu se colocaba otro / para identificar un directorio y luego cuantos / fuesen necesarios para llegar finalmente al documento deseado. Cada directorio tenía una página inicial llamada index.html. Esta página contenía enlaces a las páginas principales del portal. En los terminales de Estudios Graduados la información aparecía como texto verde (formado por puntitos) sobre un fondo oscuro. Usábamos un navegador de texto llamado Lynx, que entonces era una maravilla.

Poco después apareció el primer editor WYSIWYG (*what you see is what you get*), eliminándose la necesidad de aprender código html. Entonces uno escribía como si lo hiciese en un procesador de texto y el programa generaba el código para hacer la página. Hoy todos los programas para hacer páginas web funcionan de este modo y muy rara vez hay que interactuar con el código subyacente.

Tiempo después llegaron a la oficina las primeras computadoras. Con Netscape Navigator se apreciaba el texto con claridad y podían verse ¡ilustraciones y fotografías! Era mágico. Lo demás es historia. Fui el primer *webmaster* de la Oficina de Estudios Graduados, cuya dirección actual es https://www.uprm.edu/oeg/.

DIRECTOR DE BIOLOGÍA

En junio de 2000 comencé a trabajar como director de mi departamento. MI primera sorpresa fue la ausencia de ofrecimientos académicos para los estudiantes graduados, es decir que para el próximo semestre no habían pautados cursos de nivel 5000 o 6000. Dediqué parte del semestre a reunirme con los profesores a cargo de los cursos para que entendieran que tal situación era insostenible y que a partir del próximo semestre se ofrecerían siempre varias de esas clases. Con la excepción de un profesor que no quería ofrecer su clase (pero lo hizo), los demás entendieron y cooperaron.

Pronto comencé a preparar la primera página de Internet del departamento y a usar la comunicación por correo electrónico como sustituto de las cartas, memorandos, citas para reuniones y toda la comunicación restante que sucedía impresa. Hubo alguna resistencia pero las ventajas de la comunicación electrónica eran obvias, tanto por su rapidez como por el ahorro de papel.

A continuación me puse (yo solito) a escribir una propuesta doctoral para el programa graduado. La propuesta era innovadora porque enfatizaba la educación, con varias áreas de especialización, y fue bien recibida en el Senado Académico. No obstante, ante objeciones de que no se había tenido suficiente

tiempo para precisar el contenido de los cursos nuevos, decidí retirarla y devolverla al departamento para más estudio. Entiendo que se sigue estudiando.

Entre otros cambios recuerdo la creación de un segundo puesto de director asociado, tocándole a uno la tarea de coordinar el programa subgraduado y al otro el programa graduado. También resolví el engorroso problema de buscar profesores para coordinar los laboratorios de cursos básicos con muchas secciones, delegándole la tarea (con remuneración adicional) a empleados no docentes con maestría en Biología. A la decana no le gustó la idea, pero no me dijo que la suspendiera, y veinticinco años después dos de las personas siguen realizando esta labor.

Dirigí el departamento hasta enero de 2002. Hacia el final de ese año, un grupo de profesores y yo realizamos la primera distribución de espacios en el nuevo edificio de Biología, que comenzaba a construirse. Como director, asistí a muchas de las reuniones semanales entre el arquitecto, el contratista y sus ayudantes principales. Sobre una serie de cambios que querían los profesores, me dijo el arquitecto en una ocasión "profesor, podemos tumbar el edificio completo y hacerlo de nuevo, si existe el dinero". Demás está decir que no existía y que no se harían cambios.

Siendo director ofrecí el primer curso en línea del Recinto Universitario de Mayagüez, la historia del mismo es el tema del próximo recuerdo.

EL PRIMER CURSO EN LÍNEA

Durante mi primera estadía en la Oficina de Estudios Graduados comencé a integrar la tecnología al curso BIOL 6689- Métodos de Investigación en Biología, cuyo título en la práctica era Redacción y Publicación de Artículos Científicos. La clase se reunía tradicionalmente, es decir en el salón de clases, pero los estudiantes me enviaban las asignaciones por correo electrónico.

Con mi dinero compré una tablet Wacom que conectaba a la computadora y me permitía marcar los escritos de los estudiantes; es decir, trazar líneas, hacer círculos, poner flechas, escribir en los márgenes y guardar los cambios. Al comienzo, el proceso era más tedioso que recibir el documento impreso, corregirlo a lápiz y entregárselo a los estudiantes en la próxima clase, pero persistí hasta lograr hacerlo eficientemente. Devolvía el documento corregido por correo electrónico y los estudiantes tenían más tiempo para producir la versión final.

La idea de ofrecer el curso en línea pasó por mi mente mientras estaba en Estudios Graduados. Concluí que para lograrlo necesitaría la aprobación de dos personas: el director o directora de mi departamento y la decana o decano de Asuntos Académicos. Cuando comencé como director de Biología el primer permiso quedó

superado. Mi primera gestión con Asuntos Académicos fracasó porque según la dirección era necesario esperar por las normas de enseñanza en línea que preparaba Administración Central. En otras palabras, no queremos lidiar con eso.

El segundo intento sucedió un semestre después gracias a una petición de la Dra. Mónica Alfaro, quien me visitó con el siguiente planteamiento. El esposo de la estudiante graduada Violeta Villanueva se iba a trasladar a las Islas Vírgenes, y la joven tenía que tomar mi curso porque era medular (obligatorio), pero también quería estar con su esposo. "Dr. Mari, ¿podría usted ofrecer el curso en línea?*"*.

Segunda visita a Asuntos Académicos. La suerte había cambiado. La dirección estaba ahora en manos de otra persona, la Dra. Mildred Chaparro, colega de Biología. Mildred escuchó atentamente el planteamiento, miró al infinito unos cuantos segundos y me dijo “hazlo José, ¿qué nos puede pasar?”. Las normas para la enseñanza de cursos en línea llegaron años después, luego del típico largo proceso de evaluación y revaluación.

El curso quedó muy bien. Tanto Violeta desde las Islas Vírgenes, como los demás estudiantes desde distintos pueblos realizaron todas las tareas y completaron la clase. Varios años después ofrecí por primera vez Ciencias Biológicas en línea.

DIRECTOR DE PUBLICACIONES

De Biología pasé en enero de 2002 a la Oficina de Publicaciones de la Facultad de Artes y Ciencias, una de las dependencias más pequeñas de la universidad, pues sólo tenía tres empleados: el director, la secretaria (inicialmente doña Gloria, luego Noraida López) y un oficial administrativo (Eloy Morales). La misión de la oficina era apoyar la publicación de dos revistas, Atenea en las Artes y el Caribbean Journal of Science en las Ciencias, y vender varios libros que se habían publicado. Nuestra única fuente de ingresos era una antología de lecturas recopiladas por la Dra. Eneida Bordallo de Rivero, que se usaba como texto en el RUM y en otras universidades.

La Oficina de Publicaciones se encontraba en el Edificio D, uno de cuatro construidos durante el segundo intento fallido del recinto por tener dormitorios para varones. Los edificios se convirtieron en oficinas para distintas dependencias del recinto. Mi estadía allí fue muy agradable, una oficina cómoda, ubicada en una loma fresca alejada del centro de la universidad, con vista a una arboleda y acceso rápido a la carretera núm. 2 por Mayagüez Terrace.

Como director enfrenté dos incidentes incómodos. El primero tuvo lugar un día que apareció sin aviso un profesor portando un sobre grande repleto de recortes

de artículos que había publicado en varios periódicos y que quería recopilar en un libro. El problema principal fue que no existía un manuscrito. No había una introducción ni un orden que le diera cohesión a la serie de escritos. No era tarea de la oficina armar manuscritos y el profesor nunca sometió uno que se pudiese evaluar.

El segundo incidente sucedió meses después, cuando apareció igualmente sin aviso una profesora portando un manuscrito. En este caso la autora pretendía que se publicara sin evaluación ni otra consideración porque había sido aprobado por el rector. Le expliqué que de todos modos había que evaluarlo y determinar cuánto costaría publicarlo para conocer su impacto sobre los fondos de la oficina. La profesora nunca regresó, pero un tiempo después se publicó el libro con otra fuente de pago.

Yo era muy celoso con los fondos de la oficina porque era editor del Caribbean Journal of Science (próximo recuerdo) y el libro de la Dra. Rivero se vendía cada año menos, pues se había publicado hace tiempo. Aunque se habló en varias ocasiones de preparar una segunda edición, la misma nunca se materializó. La estabilidad del fondo me preocupaba porque sospechaba que tarde o temprano la salida de dinero superaría la entrada, lo que sucedió años después con otra administración.

EL CARIBBEAN JOURNAL OF SCIENCE

El Dr. Carlos Guillermo Aguayo fue editor del Caribbean Journal of Science desde 1962 hasta su muy sentida muerte en 1982. El Dr. Allen Lewis, entonces editor auxiliar, fue nombrado editor y me pidió que le ayudara como editor auxiliar. Trabajé con el Dr. Lewis hasta que renunció en 1991. En ese año asumí la tarea de editor y le dediqué a la revista los próximos doce años, o sea que mientras trabajaba como Director Asociado de Estudios Graduados, Director del Departamento de Biología y Director de Publicaciones en Artes y Ciencias, también editaba la revista.

Disfruté muchísimo mi trabajo con el Caribbean Journal of Science. No lo disfrutó mi esposa, pues no era raro que sábados y domingos llegara al RUM muy temprano en el afán de mantener al día todas las tareas de la revista. Solamente durante los últimos años le delegué parte del trabajo a un editor auxiliar (primero la Dra. Inés Sastre y luego el Dr. Ernest Williams).

Uno de mis primeros logros fue preparar y poner en línea la primera página de Internet de la revista. Esto sucedió en diciembre de 1995 y desde entonces asumí el papel de *webmaster*. Otro logro relacionado con la transición al medio electrónico fue la sustitución paulatina del recibo y revisión de manuscritos impresos por versiones digitales que llegaban y salían por correo

electrónico. En el 2001 culminó el proceso con el envío y recibo de las pruebas a la imprenta de este mismo modo.

En el 1997 publicamos un CD que contiene en formato pdf la colección completa de la revista hasta ese año. Este proyecto fue posible gracias a fondos asignados por el Dr. Stuart Ramos, entonces rector. En este mismo año la revista comenzó a publicarse simultáneamente en versión impresa y gratis en Internet. En el 2000 decidí publicar exclusivamente en inglés. En el 2001 la revista se incluyó en el *Science Citation Index Expanded* y posteriormente en otros recursos similares, incluyendo *Biological Abstracts*.

Mi último logro importante sucedió en enero de 2003, cuando coloqué en línea el contenido del CD publicado en el 1997. Con esto logré que el contenido completo de la revista estuviese disponible en línea gratuitamente, a mi entender por vez primera para una revista científica.

Dejé el CJS más tarde en el 2003, cuando fui designado Director de Estudios Graduados (próximo recuerdo). La revista quedó en manos de la Dra. Inés Sastre, quien durante dos años realizó una labor excelente. Luego cayó en malas manos, dejó de publicarse y tristemente todo el contenido que estaba en línea desapareció. Hoy nuevamente está en buenas manos.

DIRECTOR DE ESTUDIOS GRADUADOS

Cuando regresé a Estudios Graduados en febrero de 2003 la oficina se había mudado del primer piso del actual Museo y Sala del Senado Académico (MuSA), antiguamente un hospital privado, al tercer piso del Edificio Monzón. Compartí el espacio con el Director Asociado (Viviana Cesaní, luego Uroyoán Walker), Matty Muñiz (recepcionista), Lucy Serrano (secretaria administrativa), Madeline Cabán (secretaria), Miriam Comas y luego Carmen Figueroa (admisiones). También laboraban en la oficina varios estudiantes del programa de estudio y trabajo. Dirigí la OEG hasta enero de 2007.

Uno de los primeros cambios que hice fue eliminar la tarea de revisar y corregir propuestas y tesis. Este trabajo nunca debió haber recaído en la oficina, sino en el estudiante, su consejero académico y los otros miembros del comité graduado. Hubo quejas, pero con el constante aumento de estudiantes la tarea se había convertido en misión imposible.

Una de mis contribuciones importantes, gracias al apoyo del personal que realmente hizo el trabajo, fue recibir las tesis por correo electrónico y por este medio enviarlas al representante de estudios graduados, una especie de árbitro que representa la oficina en los exámenes de defensa de tesis y disertaciones. Este cambio agilizó mucho el trámite de los documentos, que antes eran

traídos a la oficina por el estudiante o circulaban por la mensajería interna de la universidad. Demás está hablar del ahorro en papel, porque las tesis, especialmente las doctorales, son documentos largos y el estudiante tenía que someter tres o más copias.

Más adelante se instituyó el recibo de la tesis final por correo electrónico en formato pdf. La transición al medio electrónico se hizo gradualmente hasta que todos los programas graduados se unieron voluntariamente. Las tesis finales se recibían y yo las colocaba en Internet, por este proyecto recibí en el 2006 un *Leadership Award* del *Networked Digital Library of Theses and Dissertations*. Por iniciativa mía y con el apoyo de la Dra. Mildred Chaparro, Decana de Asuntos Académicos, la Biblioteca General se dio a la tarea de digitalizar todas las tesis que tenía en su colección; eventualmente, desde la primera hasta la más reciente, todas quedaron digitalizadas y disponibles en línea.

Otra iniciativa importante fue transferir el proceso completo de admisiones al medio electrónico. Esto incluía recibir la solicitud, tramitar la documentación al departamento, comunicar la decisión al solicitante y tramitar los documentos de las ayudantías de cátedra e investigación, cruciales para que muchos estudiantes ingresaran al RUM y eventualmente se graduaran.

Disfruté mucho los casi cuatro años que trabajé en esta oficina. No así mi última experiencia como director (próximo recuerdo).

DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA GENERAL

Durante el 2007 visitó el RUM un experto invitado para evaluar las condiciones y el funcionamiento de la Biblioteca General. De aquel estudio surgió la recomendación de nombrar un director ajeno a la biblioteca, alguien que pudiera mover la unidad de su tradicional función como proveedor de información mediante libros y revistas, a un lugar de aprendizaje individual y grupal con la ayuda de bibliotecarios como expertos en acceso a la información. La Dra. Mildred Chaparro, Decana de Asuntos Académicos, pensó en mí y yo con entusiasmo acepté el reto. Me nombró el Dr. Jorge I. Vélez Arocho, entonces rector.

Lo primero que captó mi atención durante la sesión de preguntas en la primera reunión con los empleados fue el énfasis en mis planes para reubicar personal (mover gente de un lugar a otro). Me preguntaba yo ¿cómo puede un director acabado de llegar pensar en reubicar personal? Pronto entendí que las reubicaciones podían usarse para castigar, y nadie quiere ser castigado.

Una fuente recurrente de malos ratos fue la costumbre del personal de irse para sus casas cuando la temperatura del área de trabajo subía o bajaba de cierto nivel. Cuando decidí que en vez de irse para sus casas debían ubicarse durante el resto del día en otro lugar del edificio, el malestar fue generalizado. En dos ocasiones

me visitaron representantes de la unión, acompañados por sus asociados en la biblioteca, y me amenazaron con bloquear el acceso al edificio si no se cancelaba la práctica. En ambos casos reaccioné pidiéndoles que comenzaran el bloqueo “mañana mismo para ver qué van a responder cuando se les pida una explicación". Los bloqueos afortunadamente no sucedieron.

El edificio de la biblioteca tiene dos patios que a mi llegada estaban totalmente abandonados. Conseguimos un estudiante entusiasta del paisajismo y le pagamos por transformarlos de pastizales a jardines.

Otra de mis contribuciones fue reclutar por primera vez un bibliotecario mediante competencia abierta y anunciada, en vez de escogiéndolo internamente de entre el personal elegible. Reclutamos una bibliotecaria excelente ajena a la unidad. El comité de personal estuvo de acuerdo unánimemente con la selección, pero me pidieron que para evitarles problemas con los compañeros no lo dijera en el anuncio.

Comencé en enero de 2008 y renuncié a los ocho meses. En la biblioteca nunca han querido un director que no fuese bibliotecario. No en balde la Dra. Chaparro, cuando llamó para ofrecerme el puesto, me dijo más de una vez, con el tono de quien sospecha que puede herir a un amigo, “José, no tienes que contestarme ahora, puedes pensarlo”. La travesía fue corta y borrascosa, pero interesante.

EL DESCARTE

Como el espacio de anaqueles tiene un límite, todas las bibliotecas realizan periódicamente descartes. En el RUM se avisaba a los departamentos académicos para que vinieran a evaluar los libros de sus respectivos campos de estudio, y sugirieran cuáles ya no eran necesarios y cuáles debían continuar en la colección. Los libros eliminados eran a menudo ediciones previas de libros de texto. El personal de la biblioteca también identificaba recursos considerados obsoletos y los destinaba al descarte.

Otros libros que podían descartarse provenían de donaciones. Una fuente de estos regalos eran familiares que recogían los libros de alguien recién fallecido y los llevaban a la biblioteca pensando que allí serían cuidados indefinidamente. En muchos casos se trataba de libros de texto viejos y en malas condiciones o versiones maltrechas de un recurso que ya tenía la biblioteca. A veces llegaba algo importante y se añadía a la colección.

¿Qué significaba descartar? Significaba decomisar, desaparecer, destruir. No significaba donar ni regalar. El Dr. Ángel Berríos tenía contactos en Planta Física (Edificios y Terrenos) que le avisaban cuando el material a ser descartado llegaba para que pasara a verlo y se llevara lo que quisiera. Berríos me contó varias veces de

libros valiosos que había rescatado y añadido a su biblioteca personal.

Durante mi estadía en la biblioteca tuvo lugar uno de estos descartes. Sugerí que, en vez de decomisar el material lo colocáramos en varios anaqueles rotulados GRATIS, y que lo anunciáramos para que profesores y estudiantes pasaran a verlos y se llevaran los que quisieran. La oposición fue intensa. Unos argumentaban que regalarlos disminuía la percepción del valor innato que tienen los libros. Según otros, si se compraron con fondos públicos tenían que decomisarse y no regalarse.

Decidí regalarlos. Se colocaron en anaqueles, se rotularon, se avisó a los departamentos y comenzaron a desaparecer. Al final no quedó uno.

El Dr. Berríos me dijo varias veces que no le dejaría un solo libro al RUM por miedo a que un día fueran descartados. Que se regalaran personas interesadas, sin embargo, no le molestaba; de hecho, comenzó a hacerlo aproximadamente un año antes de morir.

RALPH

Cuando llegué a la oficina del director de la Biblioteca, me esperaban sobre el escritorio una carta y varios discos compactos. La carta era del bibliotecario Ralph Rivera Zayas y los discos contenían canciones interpretadas por él. Todavía los tengo, ahora transferidos al celular. Una de las interpretaciones más bonitas de Verde Luz es la de Ralph, igual sucede con Unicornio Azul.

Ralph había llegado al Colegio desde el recinto de Utuado. No sé porqué cambió aquellas montañas frescas por una costa caliente y húmeda, pero pronto supe que no era feliz en la biblioteca. Sir Ralph de la Montaña, como le llamaban sus amigos en Utuado, tenía un espíritu inquieto y se encontraba atrapado en el peor lugar donde alguien así podía estar... en el área de catalogación, donde no sólo hacía mucho frío, sino que se laboraba en el silencio propio de un convento de clausura.

Ralph fue mi primera reubicación. Lo recibió la profesora María Berríos, entonces coordinadora del área de revistas. Allí estuvo un tiempo, funcionando mejor, pero tanto él como María me dejaron saber que aquel no era el lugar óptimo. Lo trasladé entonces a la Sala Puertorriqueña, donde fue recibido por su coordinadora, la profesora Carmen Ceide. Doña Carmen le asignó un

lugar espacioso para trabajar y le dio rienda suelta a sus deseos de innovar y desarrollar proyectos.

Ralph entendía que la biblioteca debía tener mayor contacto con la comunidad académica y con la gente de Mayagüez, una visión de vanguardia que chocaba frontalmente con la visión tradicional de la biblioteca universitaria. Organizó un concierto gratuito con la bolerista Lucy Fabery y el trompetista Humberto Ramírez, que llenó el anfiteatro Figueroa Chapel con estudiantes, empleados y residentes de Mayagüez. El banderín promocional gigante que colocó en el vestíbulo de la biblioteca causó en algunos sorpresa y en otros consternación.

En septiembre de ese mismo año (2008) coordinó una exhibición titulada Mosaiprismática Artesanal, con la participación de artesanos residentes en comunidades especiales. Por fin lograba Ralph expresar sus inquietudes personales y académicas.

Perdí contacto con él cuando renuncié en noviembre de 2008. No supe más de sus actividades y proyectos pero me enteré que murió dos años después, con apenas 49 años de edad. Recuerdo a Ralph cada vez que la aplicación Music toca al azar una de sus canciones, escuchándolas regreso brevemente a la biblioteca.

EDICIONES DIGITALES

Comencé este proyecto en el RUM y ha continuado sin interrupción hasta hoy. Se trata de una editorial en línea personal, donde publico mis escritos digitales para que los interesados puedan leerlos y bajarlos a su computadora u otro equipo electrónico. La única condición para el uso, duplicación y distribución de los trabajos es que se haga con propósitos educativos y sin fines de lucro.

Mi primera publicación y la más popular es *Manual de Redacción Científica*, preparada en 1998 para servir de texto a un curso sobre preparación y publicación de artículos científicos. A pesar de estar disponible gratis en Internet, la Universidad de Los Andes publicó en el 2010 una edición impresa. Para hablar sobre el tema recibí invitaciones de México y Perú. La segunda obra se titula *Cómo preparar y presentar un seminario,* ésta se hizo como guía para mis clases de seminario en el Departamento de Biología.

Estas dos publicaciones han sido seguidas por muchas sobre una diversidad de temas. A continuación una selección, aproximadamente en orden de publicación: *Maderas de Puerto Rico, Árboles y palmas del Recinto Universitario de Mayagüez, Faros de Puerto Rico, Nuestras casillas de camineros, De San Juan a Ponce*

por la Carretera Central, Las fotos de Puerto Rico en Our Islands and Their People, Lugares históricos del Viejo San Juan, Lugares históricos de Mayagüez (con Yadira Montes), *Aves del Recinto Universitario de Mayagüez* (con Carlos Delannoy), *Cementerios antiguos de Puerto Rico, Los pueblos de Puerto Rico y las iglesias de sus plazas, Las garitas del Viejo San Juan, Frutas y vegetales en los mercados de Puerto Rico, Frutas olvidadas de Puerto Rico, Flores de Puerto Rico* (con Miguel Vives), *Flores comunes de Puerto Rico, Insectos de Puerto Rico, El árbol de ceiba, Abejas, flores y miel, Fauna casera de Puerto Rico, Plant genera named after people (1753-1853), Botanists before Linnaeus, Etimología de los géneros de plantas de Linneo, Significado de los nombres científicos de las plantas de Puerto Rico, Explorando la cerveza en Puerto Rico, Las primeras cervecerías en Puerto Rico, Vocabulario de la cerveza, El sombrero de Panamá.*

Todas las publicaciones pueden accederse gratis en https://archive.org/details/@jamarimut.

Ediciones Digitales se inspiró en dos pensamientos. El primero de la novelista estadounidense Toni Morrison: *If there's a book that you want to read, but it hasn't been written yet, then you must write it.* El segundo del poeta español Antonio Machado: *En cuestiones de cultura y de saber, sólo se pierde lo que se guarda; sólo se gana lo que se da.*

DON PAPO

Como año y medio antes de jubilarme recibí un correo electrónico del Dr. Frank Wadsworth sugiriendo que la Universidad de Puerto Rico le otorgara un doctorado honorífico a Miguel A. Vives Heyliger, mejor conocido como Papo Vives. Me molestó que no se me hubiese ocurrido la idea a mí, pero acepté con alegría no sólo la sugerencia sino la tarea de hacerla realidad.

Recopilé la información necesaria para reseñar las contribuciones de don Papo, especialmente sus aportaciones de muchos años como maestro de ciencias en Quebradillas, su habilidad para entusiasmar a sus estudiantes de modo que continuaran estudiando y aprendiendo, y particularmente su conocimiento en el campo de la botánica, guiado inicialmente por el Dr. Roy Woodbury pero mayormente estudiando y explorando por cuenta propia. A través de los años y las décadas don Papo ha ayudado con total desprendimiento a muchos investigadores. El arbusto endémico *Reynosia* vivesiana lleva su nombre.

La ayuda de don Papo fue esencial para mí durante la preparación de *Árboles y palmas del Recinto Universitario de Mayagüez*. Más adelante colaboramos en *Flores de Puerto Rico*, de cuya publicación es

coautor. Salimos muchas veces al campo, yo tomando fotos y él encontrando flores una tras otra. No había yo terminado de fotografiar una flor nueva cuando don Papo gritaba emocionado por haber encontrado otra. Durante mucho tiempo colaboró con el Dr. Juan A. Rivero para hacer realidad *Flores silvestres de Puerto Rico* (Ediciones Puerto, 2013), del cual es coautor. Don Papo es además autor de Flora ilustrada de Puerto Rico, un recurso en línea muy útil para todo el que quiere conocer mejor nuestras plantas.

El resto del expediente consistió de una docena de cartas de recomendación de científicos que con gran entusiasmo respaldaron la iniciativa. El Senado Académico del RUM igualmente respaldó la petición y el Sacerdote del Bosque recibió su reconocimiento en la ceremonia de graduación del 2013. Yo asistí a muy pocas graduaciones, pero aquel día estuve allí con entusiasmo y mucho agradecimiento.

NO NONSENSE PERSON

Una buena amiga me dijo una vez “José, tú eres un *no nonsense person*”. Me sorprendió porque dio justo en el blanco, me describió a la perfección. La frase corresponde a personas que son metódicas en su trabajo, que se imponen metas y las cumplen, que detestan perder el tiempo y que van del punto A al punto B en línea recta en vez de dar veinte vueltas.

Tuve suerte que estudiar taxonomía de colémbolos requería poco en término de apoyo económico. El director del departamento tuvo la amabilidad de comprarme un excelente microscopio de fase con tubo de dibujo y eso fue lo único que necesité. Lo demás, un microscopio de disección, alcohol, laminillas, cubreobjetos y cajas para guardar las laminillas estaba disponible en el departamento o era fácil de conseguir. Cuando era necesario paraba en *Mayagüez Hospital Supply* camino a la casa de mis padres y compraba lo que necesitaba con mi propio dinero.

Nunca solicité un *grant* o subvención de agencia alguna, de modo que no fue necesario envolverme con la papelería que eso conlleva solicitando y rindiendo informes. Simplemente iba en mi automóvil a cualquier lugar de la isla para colectar los animalitos. Salía de mi casa, pagaba la gasolina y regresaba a mi casa.

Lo más que duré en una reunión del Senado Académico fue dos horas. Otros pasaban horas muertas dándole vueltas y vueltas al mismo asunto. Mi primera experiencia con el Senado sucedió durante mi primera estadía en Estudios Graduados, cuando acompañé a la Dra. Acosta, por invitación del rector. No olvido el saludo de un senador que llevaba muchos años allí: "Bienvenidos al Olimpo".

Mi segunda experiencia con el Senado tuvo lugar siendo director de la biblioteca porque el director es miembro *ex officio* (por virtud del cargo que ocupa). En mi última reunión se presentó el documento final de las normas de estudios graduados. Las normas se habían discutido hasta la saciedad en el Consejo Graduado (compuesto por un representante de cada programa graduado y uno de cada facultad). Luego de muchas reuniones se habían aprobado. Luego pasaron al Senado Académico, donde un comité las había estudiado y evaluado también hasta la saciedad, estudio que incluyó entrevistas con directores actuales y pasados de la oficina. Finalmente se presentan las normas al Senado en pleno y el rector comienza a leer inciso por inciso, abriendo cada uno a discusión por el Senado en pleno. Por poco reviento.

Ya estaba cansándome del pugilato que conllevaba dirigir la biblioteca y el incidente en el senado fue una de las gotas que colmó el vaso. Todo el trabajo anterior ignorado para comenzar de nuevo. Al rato me levanté, salí y nunca regresé. Que disfruten otros en el Olimpo.

MIS CURSOS

Comencé en el RUM con una tarea completa de enseñanza y así terminé luego de las interrupciones ocasionadas por la edición del Caribbean Journal of Science y las tareas administrativas. A continuación una lista de las clases que enseñé.

Biología General- cuando comencé, el departamento ofrecía un solo curso de biología general, que luego se dividió en dos: Biología General para los estudiantes del departamento y Ciencias Biológicas para los estudiantes de otros departamentos. Ambos son cursos de dos semestres y enseñé los dos muchas veces. También coordiné los laboratorios cuando el curso era uno solo.

Zoología General- curso para estudiantes del departamento, en una de mis muchas secciones conocí a Mayra Acevedo, quien sería años después mi primera y única esposa.

Taxonomía de Insectos- curso graduado tomado por estudiantes de Biología y del Departamento de Protección de Cultivos de la Facultad de Ciencias Agrícolas. El curso tenía conferencia y laboratorio, además de viajes al campo para colectar insectos. Una noche por poco nos comen los mosquitos al sur de la Laguna Cartagena.

Invertebrados de Puerto Rico- parecido al curso anterior pero dedicado al estudio de los demás invertebrados, lo ofrecí una vez. Uno de los estudiantes fue Ricardo Valentín de la Rosa, uno de los mejores naturalistas que ha dado nuestra isla. Conocía el tema mejor que yo.

Principios de Microscopía- curso subgraduado que yo describí, en el cual discutía la teoría y práctica de los distintos microscopios usados en laboratorios y centros de investigación.

Métodos de Investigación en Biología- curso graduado medular enfocado en la preparación y publicación de artículos científicos. Mi primera publicación electrónica fue preparada como texto para este curso.

Seminario- mi segunda publicación electrónica fue preparada como referencia para este curso, que ofrecí muchas veces a nivel subgraduado y graduado. En una de las ocasiones tuve como estudiante a José A. Mari Acevedo, mi hijo mayor.

Laboratorio de Morfología de Insectos- ofrecí este curso una sola vez, la conferencia fue dictada por el Dr. Ángel Berríos.

Problemas Especiales- proyectos de investigación supervisados por el profesor.

Laboratorio de Biología Animal I- última clase que ofrecí, me ayudó a tomar la decisión de jubilarme (próximo recuerdo).

JUBILACIÓN

Jubilarme del Colegio no fue fácil. Lo pensé mucho, lo consulté con mi esposa, lo repensé durante dos años y finalmente me decidí en el 2013, treinta y cinco años después de comenzar en el 1978. Empecé a trabajar con casi 25 años de edad y terminé con casi 60.

Dudo que alguien se jubile por una sola razón, a menos que sea un percance médico que le evite continuar trabajando. Yo me jubilé por varias razones, una de ellas el efecto acumulativo de tantos viajes entre Aguadilla y Mayagüez. Los tapones kilométricos en el viejo puente de Añasco son inolvidables.

Otro motivo fue el deseo de dedicarle más tiempo al proyecto de Ediciones Digitales. La mayoría de mis publicaciones digitales han sido preparadas y publicadas luego de mi jubilación; sin necesidad de viajar a Mayagüez, viajé la isla explorando una variedad de temas. Visité todos los pueblos dos veces, primero para *Los pueblos de Puerto Rico y las iglesias de sus* plazas, luego para *Cementerios antiguos de Puerto Rico*.

Un tercer motivo fue la pérdida de mis clases durante el largo periodo del Caribbean Journal of Science y las distintas tareas administrativas. Otros profesores pasaron a dictarlas y cuando regresé a tarea completa

solamente quedaban seminarios y secciones de Ciencias Biológicas. Aproveché la oportunidad para ofrecer por primera vez Ciencias Biológicas en línea, además de ofrecerla tradicionalmente en el salón de clases. La mayoría de los estudiantes prefirió la clase en línea.

La balanza se inclinó finalmente cuando durante mi último semestre ofrecí una sección de laboratorio de Biología Animal. Me preparé como siempre lo había hecho para un laboratorio, pero no para estudiantes recién llegados al recinto. Estábamos dos o tres generaciones distanciados. No querían dibujar lo que observaban a través del microscopio, solamente tomar fotos con el celular. El trabajo pautado para una hora lo terminaban a la carrera en quince minutos. Si alguien recibía una llamada telefónica, tranquilamente salía del salón a contestarla y a menudo no regresaba. Yo no había cambiado como profesor, los estudiantes habían cambiado como estudiantes.

El departamento hizo una despedida para dos profesores que se jubilaron antes que yo. El Dr. Carlos Castillo hizo un relato sobre cómo la vida semeja un tren que se detiene varias veces durante su camino para proveernos experiencias distintas. El Dr. Robert Bard dijo solamente: *It was a good ride*. De acuerdo con ambos.

PROFESOR EMÉRITO

Trece años y medio después de jubilarme recibí en junio de 2025 la distinción de profesor emérito. Esto significa técnicamente un regreso a la universidad, a la misma plaza en el mismo departamento, sin necesidad de rendir tarea académica pero con oficina, estacionamiento de facultad, acceso a los servicios bibliotecarios, y participación voluntaria en comités, reuniones departamentales y supervisión de estudiantes graduados.

En la Universidad de Puerto Rico, el primer paso para recibir este reconocimiento es que a alguien se le ocurra la idea y que esa u otra persona someta la petición con la documentación necesaria. Si lo anterior no sucede, un profesor jubilado con méritos nunca será considerado. Como ejemplos, de Biología, me vienen a la mente cuatro profesores hoy fallecidos: Luis Roure, Carlos Betancourt, Ángel Berríos y Stuart Ramos.

En algunas universidades, los profesores jubilados automáticamente se convierten en profesores eméritos, y en otras un comité de profesores o el director del departamento en reunión con el decano evalúan el expediente del profesor y hacen la recomendación correspondiente. Con cualquiera de estas alternativas la persona recibe la distinción poco después de jubilarse, para beneficio del profesor y de la universidad.